



LA ESTIRPE DE TORDÓN

M^a Concepción Regueiro

Capítulo VIII



VIII

El avión inclinó el morro para tomar tierra en Barajas y, como siempre, experimenté un ligero vértigo por el cambio paulatino de presión. Faltaban sólo un par de horas hasta mi cita, pero no estaba nerviosa en absoluto. Resultaba irónico que mi recién descubierta facultad de la imaginación potenciase al mismo tiempo mi capacidad manipuladora de una forma nunca vista en mi trayectoria laboral. Cuando a primera hora de la mañana había llamado al Senado solicitando una entrevista con Millar-Muñoz y aticé a su secretaria con la complicada historia de unas jornadas que los grandes almacenes querían hacer con personalidades de la zona, el ego de su superior accedió de inmediato a ser de los primeros invitados y, por ello, a tener una entrevista a partir de la cual se editarían unos folletos con su currículum. Una vanidad tan pronunciada deja en la cuneta virtudes como la prudencia o la reflexión, y por eso podía ir yo tranquilamente a una cita concertada para el mismo día, tal vez justificando las malas lenguas de mucha gente sobre lo poco que se trabaja en la Cámara Alta. No cabía un



temor inmediato a una comprobación de las fuentes, pues la confianza fue tal que se habían limitado a pedirme mi nombre y primer apellido con el único fin de pasárselo a los guardias de la puerta, y nada de mayores datos sobre mi cargo o el tema general de las actividades, pero no dejaba de ser cierto que yo había cometido una falta peligrosamente próxima al delito y por la que mis jefes podrían despedirme en el acto una vez tuviesen constancia. Más irónico resultaba lo poco que tal posibilidad me importaba, a mí, quien unos meses antes era la ejemplificación concreta de la política de la empresa. Vino a mi mente el caso de Gabriela, la empleada no renovada en su contrato un año antes debido a mi informe negativo por sus abundantes familiaridades con la clientela y un malestar indefinido después identificado como remordimiento me molestó hasta que por fin bajé del avión.

Completé el tiempo hasta la hora de la entrevista paseando por las calles cercanas al Senado y perfeccionando mi coartada, por lo que cuando por fin fui recibida por el mismo Millar-Muñoz no me tembló la voz mientras repetía mis mentiras sobre las jornadas y la correspondiente necesidad de elaborar una breve reseña sobre su persona. El Senador me observó satisfecho y vomitó su discurso sin prácticamente dejarme acabar.

—Estaré encantado de participar en cualquier actividad de la provincia a la que me honro en representar en esta



cámara. Como le dije a Gallardo con ocasión de unos desfiles de diseñadores locales, siempre estaré a disposición de esa gran empresa que tanto ha tirado del desarrollo económico de nuestra zona -no me molesté en explicarle que Gallardo, anterior director, llevaba más de tres años jubilado. Por el contrario, asentí con una gran sonrisa que casi me parte el labio-. Como ya le habrá dicho Mucha, tendremos que revisar con calma la agenda para acordar un día que nos vaya bien a todos, pero, bueno, comprendo sus prisas por redactar cuanto antes esos folletos por el tema de la imprenta así que, repito, estoy a su disposición para cuanto decida preguntarme.

-En realidad, tenemos la idea de hacer una especie de mini-biografías y luego distribuirlas en nuestra sección de librería -expliqué yo mientras simulaba tomar notas en una libreta, y el ego del senador sufrió un latigazo de satisfacción ante el posible paso a la posteridad que ello significaba, evidente incluso en su gesto educado de asentimiento-. Lógicamente, no podemos contar su vida con pelos y señales, pero nos gustaría conocer sobre todo eso que los periódicos no cuentan: juventud, historias de la universidad... Ya sabe, por la vertiente humana de la historia.

-Uy, pero me temo que tantas cosas no van a poder ser contadas en esta entrevista y... -dijo un poco decepcionado.



-Lo comprendo, pero se trataría de que usted nos enviase una reseña actualizada y hoy sólo le preguntaría por algunos aspectos de su juventud, porque uno de nuestros objetivos de las jornadas es invitar a asociaciones universitarias, ¿comprende? Creemos que puede servir de ejemplo para los chicos y las chicas -expliqué, interiormente satisfecha de poner en práctica una de las excusas ideadas un rato antes. Un nuevo latigazo de satisfacción flageló con gusto el ego del senador.

-La verdad, debo reconocer que mi juventud fue un poquito rebelde, si bien en aquella época empezaba a preocuparme por temas políticos, la democracia...

-Usted estuvo en el Colegio Mayor de la ciudad, según tengo entendido -interrumpí, en prevención de mentiras innecesarias-. Nos interesa esa etapa concreta porque seguramente invitaremos a representantes actuales de esa institución.

-Pues sí, aunque no toda la carrera -reconoció con unas gotas de incomodo salpicando por primera vez su discurso-. Sólo estuve un par de años, después me fui a una pensión cercana a mi facultad. Ya sabe, siempre se tiene más libertad de movimientos en un sitio así.

-Entonces, ¿dejó el Colegio Mayor para poder salir más?
-pregunté con un fingido tono de inocencia y sé que mi entrevistado se debatió entre la afirmación directa y el



enriquecimiento de la respuesta con alguna justificación más. Reconocer la primera opción le presentaría como un irresponsable, por mucho que quisiera jugar la baza de la rebeldía juvenil, tan exitosa en algunos foros. Tanto a él como a mí nos convenía la segunda posibilidad, y por ella se decantó tras esos instantes de duda.

-Bueno, no por eso exactamente -masculló-. Lo cierto es que en aquella época esa institución no funcionaba como imagino que lo hará en la actualidad. Sin ánimo de revancha, debo decir que el Colegio Mayor de mis años universitarios cometía algunas injusticias contra las que yo y otros compañeros nos rebelábamos y que nos hizo más adecuado buscar otro tipo de residencia.

-Disculpe si me equivoco, pero una de mis fuentes me comentó que usted y otros se habían visto implicados en una pelea -solté prudentemente. El senador me lanzó una mirada de odio pero como buen político supo contener las respuestas desagradables con las que hubiera deseado inmovilizarme -Por supuesto, es un detalle que no se va a incluir en nuestra semblanza, tal y como podrá comprobar en el borrador previo que le enviaremos para su consentimiento, pero es una anécdota de la que nos gustaría tener su propia explicación frente a los rumores que siempre hay en torno a una personalidad como la suya, la mayoría de las veces malintencionados.



-Qué barbaridad, a cualquier cosa le llaman pelea -dijo con rencor-. Compréndame, en la juventud uno a veces es más impulsivo de lo que luego la vida adulta recomienda y, como le digo, yo en mis años mozos era un poco "echao p'alante". Aquello fue simplemente un rifi-rafe que tuvimos unos cuantos con un compañero que sí que era un peligro público.

-¿Y cómo fue exactamente?

-Bah, lo de siempre. Aquel desgraciado era la clásica persona irrespetuosa con todo el mundo, empezando por un aspecto de payaso que en aquella época resultaba completamente inapropiado para un universitario, y terminando por su simple forma de hablar. Con gente como yo no podía pero, claro, siempre hay personas más débiles que sufren las puyas de abusones como él. Por eso le decía que ese Colegio Mayor había cometido una serie de injusticias, y una era la de aceptar como residente a un elemento como aquél. Recuerdo que incluso había empleado una dirección falsa para conseguir la plaza, de aquella muy solicitada y cuando precisamente las normas de la institución anulaban de inmediato los ingresos justificados con datos falsos. Silvi, otro compañero, lo había comprobado y se lo había dicho al director, aunque éste no se dio por enterado pero, claro, eso no sería lo peor. Sí, es cierto que hubo más que palabras aquella noche, pero una persona como yo no tiene sangre para ver cómo abusan de una pobre empleada.



-¿Ese chico estaba abusando de una empleada?

-Imagínese, una pobre camarera de la cantina. Creo que son comprensibles los empujones y otras reacciones que ahora como adulto contemplo con cierta vergüenza pero que, claro, con la pasión de la juventud uno no se para a valorar.

-Por supuesto -asentí a duras penas. La presunción de que aquella camarera era mi madre y que había bastantes posibilidades de que el desconocido recordado con rencor fuese mi padre removía en mi conciencia unas emociones desconocidas.

-La dirección, de nuevo cometiendo otro de sus muchos errores, la tomó con nosotros, ya ve usted qué injusticia. No pensaba soportar una iniquidad semejante, así que me marché a la pensión antes de concluir el curso, y en ella estuve hasta la tesina. La verdad es que fue un cambio a mejor.

-Desde luego -afirmé aún mareada por mis nuevas emociones pero conservando una sangre fría extraída de no sabía dónde que, sin embargo, no resultó suficiente para permitirme preguntar por el nombre de aquel joven. Todavía aguanté un buen rato el discurso ampuloso de aquel hombre sobre sus precoces preocupaciones por la democracia y la libertad fingiendo tomar notas. La sensación de que una mentira tras otra trepanaba mis tímpanos me impulsó a cortar la supuesta entrevista antes incluso de que la secretaria



pasase a recordarle una reunión salvadora.

Salí de allí anonadada por mis nuevas percepciones y directamente me di de bruces con un chico que en esos momentos pasaba por la acera.

-Perdone -mascullé medio mareada

-Usted es la hija de Amalia -dijo quien reconocí como el médico que había atendido a mi madre en Urgencias. Su vestimenta a la moda y su pelo despeinado de forma milimétrica tal y como otros de su edad lo suelen llevar le daban un aspecto muy diferente al que presentaba en el hospital ataviado con su bata blanca-. Qué casualidad.

-Lo mismo digo -balbucí sobreponiéndome a marchas forzadas-. He venido a hacer unas gestiones, ¿y usted?

-Una visita a mis padres. Viven aquí cerca, en la calle Montera -explicó con otra sonrisa innecesariamente amplia-. Oiga, ¿se encuentra bien? -preguntó interrumpiendo la progresión ascendente de las comisuras de sus labios al comprobar mi palidez.

-No es nada. Es que llevo una mañana muy ajetreada.

-Seguramente ha tenido una bajada de tensión, ¿le apetece un café?

-No, no es necesario -salté, en prevención de posibles pérdidas de sentido, tan molestamente presentes en los últimos tiempos.

-Insisto, debería tomar algo. Eso le subiría la



tensión. Ahí mismo hay una cafetería.

Para ser justa, los siguientes veinte minutos fueron muy interesantes, de hecho, hacía tiempo que no mantenía una charla tan agradable con un hombre. Nada que ver con el discurso monocorde de Ángel o los comentarios a malintencionado doble sentido de Juan del final de nuestra relación, por poner sólo dos ejemplos fastidiosos. El doctor Guillén, Isaac para mi tras el segundo sorbo de café, era de esos curiosos ejemplares de jóvenes fascinados por las féminas mayores que él. Me atrevería a asegurar, sin riesgo a caer en la inmodestia, que le gustaban las mujeres de mi tipo, aún a pesar del desconocimiento del remate superior, pues mi resistencia a quitarme la boina que desde primera hora de la mañana llevaba encasquetada seguía firme. Supongo que para un entusiasta como él ese detalle añadía un toque de bohemia bastante atractivo. En un ambiente tan relajado recordé la nueva pista y casi tiro con la silla cuando me levanté en un salto para marchar.

-Llevo prisa, aún tengo bastantes cosas que hacer - farfullé como excusa.

-De acuerdo -aceptó él decepcionado-. Espera, llévate mi número de móvil -dijo mientras lo apuntaba en una servilleta de papel-. Yo voy a estar aquí hasta pasado mañana. Si necesitas algo, no sé, ir a cualquier sitio que no conozcas o así, llámame. Yo me crié aquí y podría



ayudarte.

Salí sin prácticamente despedirme aunque con mi autoestima engordada unos cuantos kilos. Siempre es agradable saberse objeto de deseo de un joven atractivo, eso es innegable, pero se imponía buscar al tal Silvi, con total probabilidad un Silvino que recordaba de las primeras páginas de la lista fotocopiada. Tras varias vueltas con sus correspondientes despistes conseguí encontrar un ciber y en uno de sus ordenadores indagué la pista del antiguo compañero del senador por su nombre completo. Finalmente, el buscador me dio un par de entradas con esas palabras correspondientes al propietario de una asesoría de empresas de Vigo. Apunté la dirección y salí a toda velocidad en busca de un taxi que me devolviese al aeropuerto.

Autora: M^a Concepción Regueiro Digón; Tui, Pontevedra, España.

***La estirpe de Tordón*, Capítulo VIII. Novela publicada originalmente en el volumen de mismo título de la colección Libro Andrómeda – Ciencia Ficción, núm. 11.**

La autora ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.

